



PROFESOR RAFAEL UCROS

EL PROFESOR UCROS

Pretextando futilidades y sin que su dúctil mano quirúrgica experimentara siquiera el más imperceptible malestar involutivo, Rafael Ucrós se retiró voluntariamente de la clínica ginecológica.

Es verdad que treinta años de ingrato profesorado en los trópicos cuando no fatigan la inteligencia, desilusionan y hasta sublevan la energía. Pero, también es cierto que las dotes de sutileza técnica del impetuoso cirujano, quizás le imponían el deber científico de fortalecer hasta el fin, la obra engendrada por la triple alianza de su saber, de su dinamismo y de su perfecta moral médica.

En todo caso, implica desdén por la gloria, la partida insólita del fundador de una clínica que se plasmó, día por día y durante seis lustros sobre la mesa operatoria, al sólo y estupendo temple de la musculatura digital de quien tiene dentro de su cerebro quirúrgico, nítidas tonalidades de artista.

Discípulo de Pozzi, de Segond y de Jean Louis Faure, el profesor Ucrós supo captar y asimilar prodigiosamente en Francia, la gama multiforme así de la semeiología como de la cirugía del aparato genital femenino. Y como necesitaba de un escenario para exteriorizar el germen latente de su realidad quirúrgica, solicitó y obtuvo en 1903, la creación de la clínica ginecológica en el vetusto edificio santafereño de San Juan de Dios, la imperecedera fortaleza científica en cuyo dilatado perímetro se quedó casi inédito el genio fisiopatológico de José María Lombana Barreneche.

La asepsia y la antisepsia hicieron su aparición, por primera vez en Colombia, en los servicios clínicos del profesor Ucrós. Pero no bajo los oropeles vacuos de la teoría sino al voluntarioso trajinar de la práctica. Porque los hechos—la materialización, por así decirlo—de las necesidades científicas, ha sido una de las características de este incansable animador de la ginecología contemporánea. Y la prueba de tan admirable profilaxis, surge a través de un coeficiente biológico en cuyas gráficas severas apenas si se esboza la letalidad.

Entre los destacados méritos de Ucrós, está el de la fundación de un archivo estadístico en donde existen algo más de cuatro mil operaciones, noventa por ciento de las cuales son, nada menos que laparotomías. Este archivo—que ya por sí sólo honra a la clínica ginecológica—es el compendio elocuentísimo de las enseñanzas técnicas de treinta años, la piedra angular de toda una falange de discípulos formada a ciencia y conciencia por quien, sin disputa, tiene entre nosotros el cetro de la cirugía abdominopélvica

Porque el profesor Ucrós es un jefe de escuela. Ahí están Juan N. Corpas, Jorge Cavelier, Alfonso Esguerra y Herrera Salgar, en Bogotá; Roberto Cadena y Roberto Serpa, en Bucaramaga; Antonio José Castro, en Cali; Ramón González, en Manizales y Napoleón Franco Pareja, en Cartagena, para citar al acaso, entre otros muchos.

En varias ocasiones fue miembro del Consejo Directivo, y en todas ellas sobresalió por su eficiencia en perfeccionar el eje didáctico de la Facultad, empeñándose particularmente, en la reglamentación de los concursos para jefes de clínicas y practicantes, así internos como externos de los hospitales.

Como organizador de estos concursos, aconteciere a Ucrós la misma paradoja instintiva que Charcot en la Salpêtrière: la intuición personal en la escogencia de los candidatos. Y tanto el neurólogo francés como el ginecólogo colombiano nunca se equivocaron ni en sus predilecciones ni en sus pronósticos, porque luego el futuro demostró ampliamente que la parcialidad cuando va concebida en fundamentos legales, es forma visionaria de la justicia.

Enfocada desde lo temperamental y lo humano, la personalidad del profesor Ucrós ha sido un tanto discutida. Es hombre de pasiones y, como tal, hombre atrayente. Posee un carácter fuerte engastado dentro de represas de orgullo casi lindantes con la paranoia. Pero el áspero encono que algunos pretenden descifrar en la pletórica energía de su rostro, no pasa de ser un pésimo diagnóstico moral. En aquel organismo, brevilineo e hipertenso, alienta la jugosa y admirable esencia de los varones de bien. Detrás de la urdimbre anatómica, está la diafanidad bondadosa. Y, sobre todo, su ética profesional luce el sello inconfundible de las virtudes auténticas.

En cambio, nadie discute al profesor Ucrós como cirujano. A este respecto, la opinión es unánimemente justa. Para quienes conocemos y hemos visto, repetidas veces, en París, operar a Jean Louis Faure, no queda duda de que la semejanza técnica y la destreza manual en-

tre estos dos grandes ginecólogos es desconcertante. Hay en ellos una misma alma de cirujanos; una idéntica pulcritud artística, una parecida estrategia operatoria. Hay en ellos una conciencia quirúrgica.

Rafael Ucrós es el artífice máximo de la histerectomía total, del escalofriante Werthein! En la matriz humana-almácigo inmortal de la especie—pero, a veces, convertida en campos de batalla por las trincheras del cáncer, el bisturí provoca la lucha. Segundo por segundo, instante por instante, las células encefálicas del cirujano, movilizadas en agudo raciocinio, controlan la plasticidad de la mano. Detrás de cada nido neoplásico, espía y avizora una red ganglionar, lista a prender, al menor desliz de la cuchilla, la explosión metastásica que a través de las rutas linfáticas, incendiará la economía entera. Y para resaltar la hecatombe operatoria, mientras el peritoneo esconde sus defensas; todo un sartal de sinuosas y palpitantes arterias—al servicio de la uterina—amenazan convertirse en surtidores de sangre.

Pero todo aquello cede y se restaura bajo la habilidad quirúrgica del profesor Ucrós. Y es que el flagelo de la célula cancerosa, ha sido y será innúmeras veces puesto en derrota operatoria por quien, entre nosotros, es el mago de la cirugía ginecológica.

EDMUNDO RICO.

